

José González Dávila: Réquiem por un amigo que inicia su leyenda

Al dramaturgo Jesús González Dávila le molestaban los elogios, acaso porque nunca se consideró merecedor de halagos y amabilidades, quizás porque siempre se le escatimaron. Y no le faltaba razón. Las veleidades del medio lo habían vuelto huraño y las instituciones culturales, con su displicencia discriminatoria y su arbitraria asimetría, lo tornaron irremediabilmente arisco, áspero, sarcástico, mordaz. Modesto de suyo, humilde por antonomasia, empezó a disculparse por existir, empezó a acomodarse en cualquier rincón, a conformarse con respirar por las rendijas de un sistema artístico extremadamente cruel, y a contemplar por el ojo de la cerradura el éxito de los demás. Esa condición exacerbó su espíritu de voyeur y lo convirtió en el denunciante implacable de la podredumbre social, en el mirón inclemente de los bajos fondos del ser humano, en el inocente que no tiene más remedio que mirar lo que mira porque lo tiene delante de los ojos y aunque le escuezan las córneas no le queda otro remedio que permanecer puro, testimoniando el tremedal que le rodea sin tocarlo, sin corromperlo, como un santo suspendido en el abismo.

Enfermo, sufriendo el menoscabo de sus facultades físicas a causa de un cáncer ineluctable, Jesús González Dávila no vivió sus últimos años como un autor acabado o disminuido. Por el contrario, su producción iba ganando en acuciosidad, contundencia y profundidad; revisó y puso al corriente nuevas versiones de las liminales *Noche de bandidos* y *Los gatos*; concluyó *Son amores* y *Quién baila mambo*; y un buen día, tal vez fatigado de luchar contra la corriente, se retiró del mundanal ruido dejando inconclusas en el escritorio *Albatros*, *Fiesta de invierno*, *Ángel impuro*, *Rolando por los caminos del Señor*, *Viejo de Bulevar* y *Transfigurado ritual*. Lo vi unos cuantos días antes de su muerte y en cierta manera nos despedimos, fueron unas horas dolorosas que, no obstante, estuvieron salpicadas de humor, un humor negro, ácido, macabro si se quiere, pero que nos sirvió para exorcizar la inminencia de la muerte. Él hablaba de estar dispuesto a fabricar su propio mito, como Frida Kalho, decía. Hablaba de presentarse en el homenaje que le iba a ofrecer cinco días después la Sociedad General de Escritores de México, en silla de ruedas o en camilla, mostrando con estudiada voluptuosidad su desnudez, cubierta apenas por una de esas procaces batas de hospital, y custodiado por Lynn May y Fuensanta enfundadas en sus minúsculos atuendos de trabajo. Su gusto se cumplió casi al pie de la letra, a no ser por el rictus de adiós que traslucía en su cara. Exultante, asistió la noche del 3 de mayo al teatro de SOGEM para recibir los parabienes de sus amigos. El sábado siguiente cumplió sesenta años... y dos días después empezó su leyenda.

Enrique Mijares
Durango